

“Víctor, el niño salvaje de Aveyron”

El 8 de enero de 1800, un niño desnudo, con el rostro y el cuello gravemente arañados, apareció en las afueras del pueblo de Saint-Sernin, en la provincia de Aveyron, Francia. El niño medía sólo 1.37 metros de estatura, parecía tener cerca de 12 años, y se le había visto en diversas ocasiones durante los últimos dos años y medio subiendo a los árboles, corriendo en cuatro patas, bebiendo de los arroyos y comiendo bellotas y raíces.

Cuando el chico de ojos oscuros llegó a Saint-Sernin no hablaba ni respondía cuando se le hablaba. Como un animal acostumbrado a vivir en el bosque, desdeñaba los alimentos preparados y destrozaba la ropa que la gente intentaba ponerle. Parecía evidente que había perdido a sus padres o que ellos lo habían abandonado, pero era imposible determinar desde hacía cuánto tiempo había ocurrido esto.

El niño apareció durante una época de agitación intelectual y social, cuando una nueva perspectiva científica comenzaba a reemplazar la especulación metafísica. Los filósofos debatían cuestiones acerca de la naturaleza de los seres humanos, cuestionamientos que se volverían esenciales para el estudio del desarrollo del individuo.

El estudio de un niño que creció aislado podría dar evidencia del impacto relativo de la naturaleza (características innatas) y la crianza (educación, instrucción escolar y otras influencias de la sociedad).

Después de la observación inicial, el niño, que llegó a conocerse como Víctor, fue enviado a una escuela para sordomudos en París, en donde Jean-Marc-Gaspard Itard, un ambicioso joven de 26 años que practicaba la nueva ciencia de la “medicina mental” o psiquiatría, se encargó de él. Itard creía que el

desarrollo de Víctor se limitó debido al aislamiento y que simplemente requería que se le enseñaran las habilidades que los niños adquirirían de manera normal en la sociedad civilizada.

Itard llevó a Víctor a su propia casa y durante los siguientes cinco años lo “domesticó” en forma gradual. Primero, despertó la capacidad de su alumno para discriminar la experiencia sensorial por medio de baños calientes y fricciones en seco. Después, avanzó a un entrenamiento difícil y minucioso de las respuestas emocionales, y lo instruyó en el comportamiento moral y social, el lenguaje y el pensamiento.

Pero la educación de Víctor no fue un éxito absoluto. El niño logró notables progresos; aprendió los nombres de muchos objetos y podía leer y escribir oraciones sencillas. Podía expresar deseos, obedecer órdenes e intercambiar ideas. Mostraba afecto (en especial por el ama de llaves de Itard, Madame Guérin) y emociones, tales como orgullo, vergüenza, remordimiento y el deseo por complacer. Sin embargo, aunque pronunciaba algunos sonidos de vocales y consonantes, nunca aprendió a hablar. Permaneció centrado totalmente en sus propios deseos y necesidades. Asimismo, nunca perdió su añoranza por la libertad del campo abierto y su indiferencia hacia la mayoría de los placeres de la vida social.

Cuando concluyó el estudio, Víctor (quien ya no podía valerse por sí mismo, como lo había hecho en el bosque) fue a vivir con Madame Guérin hasta su muerte ocurrida en 1828, poco después de cumplir los 40 años.

Referencias:

Papalia, D., Wendkos, S. y Duskin, R. (2009). Psicología del desarrollo. De la infancia a la adolescencia (11.a ed.). Mc Graw-Hill/Interamericana. (pp. 5-6).
<https://apps.utel.edu.mx/recursos/files/r161r/w25737w/Rec/Papalia-y-Otros-2009.pdf>